

# DE LA INTELIGENCIA A LA SABIDURÍA

CONFERENCIA PRONUNCIADA POR JORGE

EDWARDS, ACADÉMICO CHILENO.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, 15 DE JUNIO DE 2015.

La inteligencia puede ser limitada y limitadora. La inteligencia desemboca en la tecnología, en sus posibilidades evidentes y en sus peligros no tan visibles. La sabiduría, elemento añadido a la inteligencia, superación de la ideología y del ideologismo, es apertura, libertad.

Vengo de hablar, en el Instituto Cervantes de Burdeos, ante los participantes en un Congreso de Hispanistas Franceses. El instituto se encuentra en la vieja casa donde vivió durante los últimos años de su exilio y murió el pintor Francisco de Goya. Y Burdeos es la ciudad de Michel de Montaigne. Para mí, admirador y seguidor de Goya, lector de Montaigne y autor de una novela ensayo sobre un chileno lector de Montaigne, ha sido una coincidencia interesante, inspiradora. Goya es un precursor directo de Edouard Manet y de Pablo Picasso, de la gran revolución estética moderna. Montaigne es el creador del ensayo en lengua francesa, lo cual, si se examina el asunto con un poco de atención, equivale a decir: de una parte esencial del pensamiento moderno, de la libertad intelectual contemporánea en el sentido más amplio de la expresión.

Hablé de Montaigne y de su noción de la diferencia, del otro y de lo otro. “A diferencia del común, escribe Montaigne en uno de sus primeros ensayos, me acomodo mejor con la diferencia de la gente que con el parecido”. El ensayo es el género literario de la libertad, del humanismo redescubierto por el siglo XVI europeo, y la libertad de espíritu es lo primero que lleva a descubrir la diversidad, el carácter relativo de los valores. Es lo contrario del dogma, de los valores anquilosados. Escribo “ensayos”, decía Montaigne, no escribo “resultados”. El ensayo es propuesta, experimentación, revisión. Es el mejor antídoto intelectual contra el fanatismo.

En su célebre ensayo sobre los caníbales, Montaigne se refiere a indios que existían en las costas del Brasil, en lugares donde se habían instalado colonias francesas. Pues bien, la mirada de Montaigne, desde su distancia, desde su torre, relativizaba la situación de la barbarie. Los caníbales mataban por hambre, de un solo golpe, aplicando una forma de muerte rápida. Los europeos, en cambio, no lo hacían por hambre sino por fanatismo religioso, por rigidez ideológica, y eran capaces de someter a personas vivas al suplicio del fuego lento. ¿Quiénes eran, entonces, los verdaderos bárbaros, los fanáticos occidentales o los caníbales brasileños?

En las primeras líneas de su ensayo sobre los caníbales, Montaigne cuenta que el rey Pirro, en la víspera de una batalla contra los romanos, a quienes consideraba bárbaros, se quedó asombrado por la impecable formación militar que presentaban antes de la batalla. Era una formación, una preparación bélica organizada, que no concordaba con su concepto de la barbarie. ¿Quiénes eran los bárbaros, entonces, en qué lado estaban?

Para un chileno que tiene la extravagancia de leer a Montaigne, la coincidencia con el primer poeta que se inspiró en episodios de la historia de Chile, país de poetas, es sorprendente. Porque don Alonso de Ercilla, poeta soldado en una de las expediciones españolas al Chile del siglo XVI, en su poema *La Araucana*, termina por rendir homenaje a la valentía y a la destreza militar de los indios enemigos. Se plantea, entonces, en diversos textos, en la misma época, la pregunta de quiénes son los bárbaros, pero se plantea, sobre todo, la relatividad del concepto de barbarie. En otras palabras, se plantea el problema de la relatividad de todo conocimiento, de la prudencia necesaria, contrapuesta a toda forma de dogmatismo.

Montaigne vivió en una época de guerras religiosas, de divisiones profundas, implacables, crueles, de la sociedad de su tiempo. Nosotros, europeos, españoles, latinoamericanos, hemos pasado hasta muy poco por períodos parecidos. Hemos salido indemnes, pero con cicatrices graves, con heridas que podrían volver a abrirse. Para vivir en el futuro, para comprender el presente, no nos queda más remedio que examinar el pasado, y hacerlo sin prejuicio, como quien revisa y ensaya. Y estamos obligados, naturalmente, a entenderlo bien, con altura y a la vez con equilibrio, con un poco de sentido común, con respeto por los hechos. Montaigne, ensayista, hombre de letras, latinista eximio, pero también político ocasional, diplomático en la sombra, tuvo la ocasión de dar

consejos a Enrique III, el último rey de la dinastía de los Valois, y a Enrique de Navarra, futuro Enrique IV. A Enrique III, católico, le sugirió que tomara distancia con respecto a los católicos integristas de su reinado, los de la Liga Católica, que habían sido responsables de la masacre de hugonotes en la noche de San Bartolomé. A Enrique de Navarra, hugonote, le propuso, en cambio, que se acercara al centro católico, que correspondía mejor a las tradiciones religiosas de su país. Ya se sabe que Enrique IV se convirtió al catolicismo en la Basílica de Saint Denis y entró a París en procesión solemne en la jornada siguiente, en tiempos en que Montaigne ya había muerto. Los consejos prudentes, sabios, de su notable asesor y antiguo alcalde de Burdeos durante dos períodos, fueron gérmenes anunciadores del Edicto de Nantes, orden real de libertad religiosa proclamado años más tarde por Enrique IV.

El Edicto de Nantes es el antecedente histórico, jurídico, ético, de la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano de finales del siglo XVIII francés, de los años de la Revolución. Fue revocado por Luis XIV, y el bando de los católicos intransigentes recuperó parte de su antiguo predominio, pero forma parte de la lucha histórica de Europa por las libertades públicas. La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, de un modo diferente, en los años del Terror, en los de Maximiliano Robespierre y los jacobinos, también fue desvirtuada. Y en un proceso intelectual lento, fascinante, que hoy empezamos a conocer mejor, fue restablecida en forma gradual, en su sentido humano más amplio y más justo, a lo largo de los siglos XIX y XX.

La noción de la diferencia, del respeto por el otro, del carácter relativo de su barbarie supuesta, exigía una actitud esencialmente reflexiva, cautelosa, libre. Montaigne, en esta materia, fue un maestro. Los autores españoles del 98 lo leyeron en forma constante. También fue leído, antes que ellos, por Francisco de Quevedo, que habló del Señor de la Montaña, y por alguien que introdujo el género del ensayo, en un estilo particular, incisivo, epigramático, en España, el jesuita Baltazar Gracián. En estos procesos intelectuales, en estas lecturas, en estas versiones de un conocimiento anterior, hay elementos proverbiales, de sabiduría popular. Los proverbios de Sancho Panza, que vienen de atrás, del ingenio popular medieval, coinciden a menudo con las máximas de Gracián, así como son reconocibles en algunos de los dichos de Montaigne, hombre del campo, de las montañas del interior de su región, como su nombre lo revelaba.

La inteligencia en estado puro, en cambio, sin el acompañamiento de la sabiduría, suele ser unilateral, disociadora. La sabiduría es universal y pacificadora. Nuestra historia está llena de casos ejemplares. Chile, dentro del conjunto de Hispanoamérica, ha sido un país relativamente equilibrado, estable, donde el estado de derecho ha sufrido alteraciones dramáticas, pero donde el equilibrio y la división de los poderes han terminado por restablecerse. ¿Cuestión de capacidad de negociación, de equilibrio, de medida, de escepticismo frente a las soluciones pretendidamente globales? Cuando viajé a Cuba en calidad de diplomático chileno, encargado de la misión de abrir la embajada de mi país, en los primeros días de la experiencia socialista de Salvador Allende, tuve la impresión de viajar de un mundo político a otro, de tener que conjugar visiones políticas en cierto modo incompatibles. Yo cumplía una misión transitoria: tenía que instalar la embajada y entregarla al embajador chileno nombrado por Allende. Pero en la Constitución política de entonces, los embajadores, designados por el presidente de la república, tenían que ser confirmados por el senado en sesión secreta. Y ocurrió que el senado chileno rechazó al primero de los embajadores designados por Salvador Allende.

Cuando fui al Ministerio de Relaciones cubano a informar sobre este asunto, me hicieron la siguiente, textual, candorosa, pregunta: “¿Y por qué no cierran ustedes el senado?” La respuesta a la pregunta de los altos funcionarios cubanos es, sobre todo con la perspectiva de hoy, dramática. El gobierno legal, alcanzado por medio de elecciones libres, después de cumplir con todos los trámites prescritos por la constitución vigente, no tenía poder alguno que le permitiera cerrar el senado o el congreso. Tampoco tenía la fuerza política y militar necesaria para hacerlo. Pero el deterioro de la economía, la aguda división de la sociedad, el estado de preguerra civil que se produjo en los tres años del allendismo, ayudó a que los militares tomaran el poder y cerraran el parlamento chileno, senado y cámara de diputados, sin mayores trámites. Chile había hecho un intento de revolución legal, pacífica, llena de buenas intenciones, desde una minoría electoral, puesto que Allende sólo había alcanzado el 37 por ciento del voto en las elecciones presidenciales, y todo había terminado en un baño de sangre y en el colapso de una democracia republicana que tenía más de cien años. Hubo inteligencia, hubo astucia, se recurrió a los llamados “resquicios legales”, pero la auténtica sabiduría política fue derrotada por la fuerza en estado bruto.

En nuestro tiempo, la política, la verdadera política, con su análisis matizado de los fenómenos sociales, con su equilibrio, con su sentido del consenso, de la prudencia, de la negociación, ha sido desacreditada. La revolución, en cambio, se ha convertido en idolatría. Pero la revolución idolatrada, religión de nueva especie, tiene sus inevitables inquisidores y sus callejones sin salida. Vuelvo a referirme aquí a la historia hispanoamericana, historia trágica, con escasos paréntesis mejores, y que se ha burlado siempre de las teorías y las rigideces ideológicas. En algunos países de América del centro y del sur se propaga la buena nueva del bolivarianismo. Si queremos ser algo, tenemos que ser bolivarianos. Como siempre, el conocimiento interesado y deformado del pasado nos lleva a la confusión presente y futura. En la gran declaración de sus años finales, Simón Bolívar tuvo que reconocer que había “arado en el mar”. En otras palabras, que se había equivocado en forma profunda. Fue un libertador heroico, pero un legislador insuficiente y un iluso político.

La aceptación sin suficiente examen, sin crítica, de los lugares comunes históricos, nos lleva a cultivar visiones irreales, puramente voluntaristas. El gran organizador del estado de derecho chileno fue un venezolano contratado por el gobierno del Chile de fines de la década de 1820, Andrés Bello. Andrés Bello López había nacido en Caracas a fines del siglo XVIII y era contemporáneo de Simón Bolívar. Como había obtenido en los conventos caraqueños de fines de los años coloniales una cultura clásica, literaria y política, prodigiosa, recibió el encargo de educar a su amigo y contemporáneo Simón Bolívar. Los dos jóvenes, acompañados de un tercero, partieron en misión diplomática a Londres en 1810. Bolívar regreso pronto a sus batallas y sus revoluciones sudamericanas. Bello continuó con sus estudios del derecho romano, de las *Siete Partidas* y los orígenes medievales del derecho español, de las novedades políticas francesas y la noción crítica de los liberales ingleses y escoceses. En Chile, a partir de 1829, ayudó a preparar la Constitución de 1833, moderada, conservadora, pero que dividía los poderes y prohibía la reelección de los presidentes más allá de un plazo determinado, normas que evitaron el caudillismo. También fue el redactor de un código civil que se aplica hasta hoy, con más bien escasas modificaciones, y que se inspiraba en el derecho español y el derecho romano, tanto como en el código de Napoleón Bonaparte. Le quedó tiempo, además, para fundar la Universidad de Chile y ser su primer rector, para organizar la diplomacia de la nueva

república, desde el cargo de Oficial Mayor de asuntos exteriores, y para escribir una gramática de la lengua castellana destinada a permitir que el español siguiera siendo el idioma común de España y de las repúblicas desgajadas del antiguo Imperio.

En buenas cuentas, mientras el fogoso y romántico compañero de juventud, Simón Bolívar, corría por el continente y araba en el mar, Andrés Bello, clásico y moderno, silencioso, tranquilo, construía los fundamentos jurídicos, pedagógicos, culturales, lingüísticos, de una república posible, estable. Cuando el primero de los presidentes constitucionales cumplió su período legal de diez años y entregó el poder al sucesor suyo elegido de acuerdo con las normas electorales establecidas, el general argentino José de San Martín, desde su exilio en Francia, escribió a un corresponsal suyo del Santiago de entonces que “Chile era el único país que sabía ser república hablando en español”. Era un misterio político aparente. El misterio tenía una explicación secreta, profunda.

Después de una larga experiencia, no me siento en condiciones de dar consejos a los jóvenes. Me parece recordar que Antonio Machado escribía que “no hay consejo que no descamine y desorienta”. Pero me parece que la búsqueda de consensos y de caminos equilibrados que proponía Montaigne, en una época de guerras religiosas internas, es una orientación interesante. Y que la prudencia de Andrés Bello, su estudio y su respeto por el pasado intelectual, literario, jurídico, su relativo escepticismo frente a las novedades presentes, es un signo válido. Pienso, en seguida, en una conducta que he tratado de seguir. No siempre tenemos las grandes oportunidades, las coyunturas históricas excepcionales, los destinos al estilo de Julio César o Napoleón Bonaparte. Pero tiene sentido hacer bien, con paciencia, con el máximo de conocimiento, sin ahorrar energías, las tareas menores. El conocimiento puede ser liberador. Y la tarea bien hecha, estudiada en sus matices, nos libera de la monotonía.